

Imagen de Barack y Michelle Obama que celebraba la reelección presidencial. Esta imagen iba acompañada del texto 'Cuatro años más' y fue expandida por las redes universales



Iconofilias La fotografía del abrazo entre el presidente norteamericano reelegido y su esposa se convirtió en la imagen instantánea más retransmitida de la historia. Analizamos algunas de las causas de esta expansión figurativa

Una variación sobre el gesto amoroso

JORDI BALLÓ

Miro esta imagen de Barack y Michelle Obama para intentar comprender las claves de su éxito. ¿Qué hay en esta fotografía que motivara el ser retuiteada en las redes sociales de todo el mundo, hasta convertirse en la imagen más retransmitida de la historia icónica? De entrada podemos decir que la causa de esta multiplicación viral se debe a que la fotografía transmite un estado de felicidad, no sólo de la pareja protagonista, sino especialmente de los que se encargaron de extenderla. Han pasado pocos minutos desde que se sabe que Barack Obama ha sido reelegido como presidente de los Estados Unidos para los próximos cuatro años y las redes sociales encuentran en esta imagen la representación visual de este estado de ánimo victorioso. No hay ningún resquicio para la ironía ni la caricatura: la imagen tiene éxito porque suena auténtica. Pero su valor debe medirse también en su comprensión instantánea: el gesto de reenviarla significa que fue entendida inmediatamente por todo el mundo. Sus valores expresivos estaban a

primera vista. Pero pasemos a pormenorizar la construcción de esta autenticidad.

El cielo

Fijémonos, en primer lugar, en el factor cielo, muy presente en la composición de la imagen gracias al leve contrapicado con el que está tomada la fotografía, un cielo de un gris casi uniforme que sirve de paisaje, pero también como fondo

El viento refuerza el carácter escultórico de las dos figuras, les da movilidad sin necesidad de romper la fuerza intemporal de su quietud

sobre el que se recortan las dos figuras. Este cielo gris es la inversión absoluta de los cielos prefabricados en las campañas electorales. Allí son siempre cielos azules con alguna nube blanca, como los que utilizaron en su momento el PSOE y el PP, cielos falsos, que buscan parecer auténticos para incidir en el tópico de la esperanza. Aquí en cambio, se trata de un cielo auténtico que además mejora la fotogenia general. Por ello transmite un sentimiento profundo de realidad.

El viento

Luego está el factor viento concentrado en la levedad del pelo de Michelle Obama que se encarama hacia el cielo. El viento es un gran acompañante de la verdad, porque es silencioso y ausente, y su presencia solo se nota en su efecto sobre los cuerpos o sobre la naturaleza. Recuerdo el filme *Antígona* de Jean-Marie Straub y Danièle Huillet donde todos los actores recitan

desde una inmovilidad escultórica, solo matizada por el viento que agita sus cabellos y sus vestidos. Algo de ello resuena en esta imagen americana: el viento refuerza el carácter escultórico de las dos figuras, les da movilidad sin necesidad de romper la fuerza de su quietud.

El abrazo

Esta inmovilidad da al conjunto una profunda expresividad, porque añade al abrazo un factor intemporal. No es un gesto instantá-

neo capturado al azar, sino un acto amoroso que tiene su propia duración. El abrazo, en este caso, tiene un componente sexual que normalmente está ausente de este gesto, porque el abrazo suele utilizarse como una forma de amor fraternal o de filiación que elude el erotismo. Pero aquí la fusión de los dos cuerpos renueva el gesto amoroso, quizás por su extraña, y perfecta, simetría. Las manos de él están abiertas, relajadas, no esconden na-

Nos la imaginamos a ella con los ojos cerrados porque la estamos viendo a través de los ojos de él

da, ni el anillo de matrimonio que asoma en la última curva del cuerpo de ella. Pero si este abrazo es singular es por el hecho que Michelle está de espaldas, algo que no es nuevo en la fotogenia de la pareja: sin ver nada del rostro de ella, sabemos lo que está sintiendo porque su gesto es el mismo que el de él. Es un abrazo de atracción, que funciona en los dos sentidos, porque intuyes que ella está haciendo lo mismo, atrayéndolo hacia sí con la misma potencia y carnalidad. El presidente tiene los ojos cerrados y esboza una sonrisa de satisfacción, algo que nos traslada como efecto espejo al rostro de ella que no vemos pero que lo intuimos igual, con las mismas facciones, con el mismo sentimiento. Nos la imaginamos a ella con los ojos cerrados porque la estamos viendo a través de los ojos de él.

El vestir

El encuadre de la imagen, en plano medio, privilegia la mitad superior del cuerpo. No es nada nuevo para el cine épico: de hecho este plano podría firmarlo John Ford, o King Vidor, o cualquiera de los directores del New Deal, o incluso Clint Eastwood si no se hubiera metido en tanto lío republicano. Pero es muy importante en esta composición la forma de vestir de los dos protagonistas, que tiene tintes rurales, o de pequeña comunidad urbana, aunque no pueda decirse que les sea extraño a su indumentaria habitual. El estampado años 50 que luce Michelle y la camisa con las mangas arremangadas del presidente ofrecen una versión sintética de la cultura popular americana. Los vestidos, además, tienen pliegues, que atesoran las huellas del gesto. Es como si la levedad del vestido de ella, su porte, el hecho de caer sencillamente sobre su cuerpo diera al conjunto un plus de ligereza aérea. La primera vez que vi la fotografía me pareció que ella estaba un poco levantada del suelo, como si no tocara los pies en tierra. No es así, pero este sentido de elevación proporciona una gran parte de su belleza |